

843

H.

PQ 2276

.H 7

G 78

v.1

ES PROPIEDAD.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RIGARDO COVARRUBIAS

LAS GRANDES DAMAS.

LIBRO I.

UN DON JUAN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
I. Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

LO QUE SE HALLABA ESCRITO EN LAS HOJAS
DEL BOSQUE DE BOLONIA.

Cierto día todo el mundo se preguntaba con inquietud, á orillas del lago, porque el señor de Parisis no habia en él parecido.

Juan Octavio de Parisis, conocido por D. Juan de Parisis, era un hombre que pertenecia al gran mundo parisien; era un *dilettanti* en todas partes, en los Italianos, en la Comedia Francesa, en el taller de los artistas; un calavera cuando guiaba su *breach* victorioso, cuando jugaba al *baccarat*, cuando tomaba parte en las carreras, cuando predicaba el ateismo y cuando hacia el D. Juan con las mugeres.

Era un cuasi-embajador. Así, segun la perspecti-

va que ofrecía, decíase: «Es un hombre formal, ó bien: es un hombre ligero.»

No se encontraba á orillas del lago porque se paseaba, ginete en su caballo, en la avenida de la Muette. Probablemente allí se hubiera dirigido si no hubiese visto bajar de una carretela á una jóven doncella que jamás habia visto, lo cual era tanto mas extraño cuanto conocia todas las mugeres y todas las jóvenes del gran mundo de Paris, á la manera que Teófilo Gautier conocia todos los cuadros del Louvre.

Esta jóven iba acompañada de una señora de cabellos blancos y de aire distinguido.

La señora anciana se apoyó en el brazo de la jóven, que, pensativa y silenciosa; arrancaba alguna que otra hoja seca de las encinas del bosque.

Era hermosa como la belleza:—alta flexible, de tez blanca, de perfil de vírgen griega, con cierta casta desenvoltura y con un no sé qué de cimbrable y mustio como la rosa despues de la tempestad;—se distinguía por una cabellera rubia, por sus ojos negros y dulces, por las miradas llenas de dulzura y de orgullo á un mismo tiempo; por una sonrisa aun cándida y que revelaba ya en ella á la muger completa, que nada sabe de Dios, pero que busca ya al diablo;—era, en fin, una verdadera muger que dejaba transparentar á la doncella.

El señor de Parisis que acababa de ver en los campos Elíseos algunas mugeres á la moda, se conmovió ante este encuentro y murmuró entre dientes:

—Cuán feliz seria yo si pudiese amar á semejante criatura!

Mas el señor de Parisis no ignoraba que la dicha de ser amado está separada con un abismo por la dicha de amar. Ser amado!... qué tiene que ver con la dicha de amar? Ser amado está al alcance de todo el mundo; pero amar!... es encontrar el paraíso.

Octavio tenía bastante fé en sí mismo para no dudar que si una vez se enamorase de una muger—cualquiera que esta fuese—no lograria ser amado.

En aquel dia, pues, todo el mundo se preguntaba á orillas del lago porque Octavio de Parisis no habia aun parecido.

A orillas de qué lago?

Teneis razon. Hay aun algunos lectores románticos que sueñan en el lago de Lamantine y que ignoran que solo existe un lago en el mundo: el lago del bosque de Bolonia, esta cubeta de esmeralda, esta fuente loca, donde las amazonas no encontrarían agua para bañarse.

Qué podia hacer en un dia de febrero, entre cuatro y cinco de la tarde, el duque de Parisis, el hombre mas hermoso de la capital de Francia, á pié, á caballo ó en faeton?

Y quién se hacia tal pregunta?

Algunas cómicas de teatrillos, algunas jóvenes perdidas ó encontradas, algunas Phrynés fuera de servicio? No, por cierto.

Eran mugeres de gran tono; eran igualmente ac-

trices ilustres, y damas irreprochables que nunca faltan á la moda porque ellas son sus inventoras.

Existe siempre en Paris un hombre que reina despoticamente sobre las mugeres; puede decirse que reina casi siempre en ellas por derecho de conquista y por derecho de nacimiento. El origen de la muger se pierde en las mil y una noches; su belleza es su blason; tiene escudos parlantes; no se la pregunta jamás el origen de sus cuarteles; no sucede así en el hombre, á menos, sin embargo, que la fortuna, el heroismo ó el génio no les hayan puesto de relieve. Y así y todo se quiere saber de donde viene y se le tiene en cuenta el ser hijo de los dioses, como César, ó si descende de los mismos por la línea de Vénus.

Octavio habia adquirido todos los títulos á esta clase de despotismo.

Habiendo nacido duque y hermoso, se le habia acostumbrado desde la cuna, á ejercer cierta especie de monarquía. En el colegio habia reinado sobre sus compañeros; á los diez y siete años disponia de un escuadron de caballos, de perros y de lacayos; á los veinte poseia una legion de mugeres; soldado y aventurero habia sido un héroe en Pekin, al frente de sus spahis; diplomático de la escuela de Mr. Morny, habia triunfado de los hombres como habia triunfado de las mugeres jugando al azar, pero demostrando al propio tiempo, que la fortuna estaba de su parte.

Octavio queria seguir la jóven con vestido de co-

lor de lila, por mas que sintiera que todo un infinito le separaba de ella.

La virtud tendrá siempre una ventaja: los mas escépticos se detendrán ante ella como el viagero se detiene ante las montañas cubiertas de rayos y de nieve.

—Nó, se dijo con tristeza, no la seguiré: no tengo derecho á lanzar rosas á su jardin.

Era la primera vez que el señor de Parisis violentaba el curso de sus pasiones.

—Bien es verdad, añadió mirando la jóven en traje color de lila, bien es verdad que hago mal en no seguir mi camino; pues si está escrito que la debo amar, tendré que ceder á mi suerte. Y en vez de dirigirse á las orillas del lago, segun su costumbre, se extravió con incierta voluptuosidad en aquellas solitarias avenidas, siguiendo con soñadora mirada los copos de nieve que rehacian la virginidad de la tierra mancillada.

—Cae, cae, hermosa nieve, se decia melancólicamente el jóven: esto hace un gran bien á mi alma!